

19.87.469

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO.

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADEMICO DE 1896 A 1897

POR EL DOCTOR

D. ARMANDO GONZALEZ RUA

CATEDRATICO NUMERARIO

DE

HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA.

57849



OVIEDO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ADOLFO BRID

Canónica, 18.—Teléfono, 111.

1896



Ilmo. Sr.:

Señores:

Contra lluvias y nievos,
Contra el furor del impetuoso viento,
Entre la niebla umbría,
Sin tregua ni descanso un solo instante,
¡Adelante, adelante!

GORTUE.



A historia, si no ha de aparecer á nuestra vista como un caos, sin orden, sin enlace, y, sobre todo, sin dar elevación al espíritu, es necesario se desarrolle con un plan de unidad, sometida á una ley superior que, conforme con la naturaleza del hombre, le sea impuesta por Dios, realizando los hechos con arreglo á ella, aunque siempre con libertad. Mas ¿cuál

es esa ley providencial y divina que rige á la humanidad y á las naciones, que son sus miembros, y la vemos cumplirse unas veces lenta, otras aceleradamente, y á veces en apariencia, sin realización, y hasta como oscurecida, produciendo el desaliento y la duda en el ánimo del historiador, cuya fé no sea sólida é inquebrantable?

Es, la del progreso, la de la perfectibilidad humana, sin la cual la historia se muestra como cuerpo sin alma, y los hechos se verifican al azar, obrando el hombre sin idea, ni rumbo fijos, como piloto sin brújula en la tempestad.

Esta idea, que domina mi mente y respeto como un dogma histórico, no es una mera aseveración, que por ser mía, sería muy modesta y destituida de toda autoridad, sinó que es la que profesaron pensadores ilustres y varones eminentes.

Dígalo sinó San Agustín, quien con la mirada de águila, propia del genio, como aquél que desde gran altura contempla vastos horizontes, resume en breve y profundo pensamiento todo el plan providencial de Roma, al afirmar que esta Señora de la gentes había reunido bajo su cetro las naciones entónces conocidas, y les había impuesto su cultura y su lengua, enlazándolas y comunicándolas entre sí y con la misma metrópoli por medio de calzadas ó arrecifes militares, con el grande fin de hacer más facil la propagación del Cristianismo y más provechosa la voz y doctrina de los apóstoles y padres de la Iglesia.

El tierno y sapientísimo San Jerónimo, después de haber llorado, como buen romano, desde su retiro de Betlén, la destrucción del imperio, creyendo que, si Roma perecía, nada quedaría en pie, (*¿Quid salvum est, si Roma perit?*) exclama más adelante lleno de esperanza y entusiasmo, al contemplar los bárbaros ya hechos cristianos: «Oh maravi-

lla!... Las banderas de los soldados son las insignias de la Cruz. La pintura del saludable patíbulo decora la púrpura de los reyes y brilla en las piedras preciosas de sus diademas. El armenio ha depuesto sus aljabas; los hunnos aprenden los salmos; el brillante y rojo ejército de los godos lleva por toda la redondez de la tierra los estandartes de la Iglesia.»

El semi-clásico Vicente de Leríns, á quien veneramos en los altares, sostuvo á principios del siglo v la teoría del progreso, haciéndole consistir en que se engrandezca una cosa en sí misma, y la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, aplicando esta doctrina á la misma Iglesia de Cristo. De igual opinión participa el elocuente sacerdote, Silviano de Marsella, quien, en su obra: «*De gubernatione Dei*», declarándose providencialista, como San Agustín en su Ciudad de Dios, fué el único de sus contemporáneos que sostuvo que de la caída del imperio surgiría una civilización nueva, basada en el Cristianismo. ¿Qué más? hasta nuestro primer historiador de la Reconquista, Sebastián de Salamanca, según unos, ó Alfonso III, el *Magno*, según otros, al escribir en el siglo ix su *Crónica*, parece tener presentes y dar solo estimación á los progresos y victorias del pequeño reino de Asturias, cuando referida la prodigiosa batalla de Covadonga, cuna de la independencia de nuestra patria, y al recordar el contraste de la abnegación y actividad del heroico rey Pelayo con el ocio y negligencia de su sucesor Favila, que no había medido sus armas con los árabes, ni ganado una sola pulgada de territorio, dice de él con frialdad suma: *nihil historie dignum fecit*: nada hizo digno de la historia.

En fin, la ley del Progreso la han sostenido con atina-

das y profundas observaciones Bacon , Boulanger , Pascal, Herder , Lessing , el sabio Ozanam , y el muy respetable historiador tan conocido y estudiado , Cesar Cantú , el cual en el prefacio de su obra , dirigiéndose á los jóvenes italianos , consigna estas significativas palabras : « Joven era yo también cuando dediqué , no mis ocios , sino mi vida toda á presentar á nuestra patria el hermoso y triste espectáculo de la humanidad , cuyo destino es progresar padeciendo y caminar fatigosamente á la adquisición de la verdad , y de una distribución más equitativa de los goces de la vida y de las utilidades del saber »: y en la misma opinión insiste en el discurso con que da principio á la Edad Moderna . Si historiador tan distinguido , que ha pasado toda su vida consagrado al estudio de la historia y ha escrito su obra , que se hizo tan popular y conocida en Europa , que puede asegurarse , sin la menor sombra de duda , que la mayor parte de la generación actual en ella se ha educado , es de este sentir , ¿ qué mucho que nosotros le imitemos y sigamos sus huellas ?

Así nos proponemos hacerlo , concretándonos , por la índole y estrechos límites de nuestro trabajo , á demostrar el cumplimiento de la ley en la Edad Antigua , y , sobre todo , en Roma , en que se comprenden y encierran en esa edad todos los pueblos .

DANDO principio , como es natural , por los pueblos orientales , veremos que este progreso se manifiesta claramente , sobre todo en la parte social .

Establecidas por los Vedas existen en la India las castas : de sacerdotes , brahmanes ; guerreros , chatrías ; labradores , vaiscias ; artesanos y jornaleros , sudras ; y la de los esclavos , parias . De estos últimos huyen con horror los demás , porque creen que están malditos por Dios , que su sombra contamina el agua y la leche , siendo lícito al chatría matarlos impunemente , si se acercan á él .

Entre las castas hay una barrera insuperable , no pudiendo pasar los de la una á la otra , por ser de distinta naturaleza , ni tampoco casarse ; y si acaso , de la unión de personas de castas diferentes resulta nacido un ser , se le considera por la ley como cadaver viviente .

En Egipto las castas se convierten en clases , no impuestas por la religión , ni de naturaleza distinta . Al principio la de los sacerdotes fué la predominante , como en la India ; pero después se sobrepuso á ella la de los guerreros , de la cual salían los Faraones . También existía la clase de los porqueros , considerada impura , como la casta de los parias ; pero siempre fué mucho mejor la condición de los porqueros que la de los parias .

En China los oficios son hereditarios , pasando de padres á hijos , constituyendo , de este modo , una especie de clases . Las más elevadas son las de los mandarines y letrados ; pero pueden obtenerlas los de las otras clases , mediante ciertas pruebas de capacidad y aptitud , lo cual indica que nos hallamos á bastante distancia de las castas insuperables de la India .

En Persia y Asiria el monarca despótico es el único hombre libre , elevado casi á la altura de un dios ; los demás vienen á ser sus esclavos ; pues de él dependen la vida , la libertad y las haciendas de todos sus súbditos .

En la India la arquitectura es principalmente troglodí-

tica; sus templos en su mayor número están tallados en roca viva, horadando para ello inmensas montañas. En Egipto, si bien existen los hiipojeos, que muestran el mismo carácter, también se elevan sobre la tierra sus famosas pirámides, perfectamente orientadas, sus obeliscos y sus grandiosos palacios; en Babilonia el tan célebre templo de Baál ó Belo, con sus ocho torres sobrepuestas; y cerca de Nínive los palacios de Khorsabad y Koyundjuk, construidos por Salmanasar IV, ó Sargoun, que se aproximan en armonía y belleza al arte griego, advirtiéndose, á la par, notable adelanto en las pinturas y relieves que los adornan, respecto á las estatuas y colosos egipcios, desapareciendo en ellas la rigidez é inmovilidad que en estos se observa.

El pueblo judío pasa de la vida pastoril á la agrícola y sedentaria, cuando se establece en la Palestina ó Tierra prometida. El caldeo-babilónico desarrolla la industria y extiende por Asia el comercio, principalmente terrestre. El marítimo, en grande escala, pertenece de lleno al pueblo fenicio, sin rival en este punto en la historia antigua. Él recorre, trafica y establece factorías y colonias en todo el Mediterráneo; atraviesa el estrecho de Hércules, al que pone este nombre; penetra en el Atlántico, y se interna atrevidamente nada menos que hasta el Báltico, donde busca y halla el ámbar amarillo de inestimable valor. Inventa, con las arenas del río Belo, el trasparente cristal, que hace después famosas las fábricas de Sarepta; descubre la renombrada púrpura de Tiro y Sidón; extiende la escritura, instrumento indispensable de la civilización y la ciencia, y enseña su alfabeto, con el estímulo y afán de enriquecerse, expendiendo el papiro de Egipto, que lleva á todas partes; al sencillo cambio primitivo de las cosas, sustituye la moneda; arranca de las entrañas de la tierra los más

preciosos metales, y hace surgir en nuestra patria las ciudades más hermosas del Mediodía.

Entre tanto, miéntras los demás pueblos se hallan sumidos en los más extraños y lamentables errores religiosos; en el panteísmo místico ó idealista, en que Brahama, Dios, la naturaleza y el hombre, se confunden en un solo ser, los indios; en la zoolatría, ó adoración de los animales sagrados, el cocodrilo, el ibis, y, sobre todo, el buey apis, los egipcios; en la astrolatría ó sabeísmo, los caldeos; y en el fuego ó la luz, simbolizada en Ormud, principio del bien, de la vida, en contraposición de Aryman, representación del mal, de las tinieblas y la muerte, los medas y los persas; el pueblo judío, en medio de sufrimientos, peregrinaciones y vicisitudes, conserva pura la creencia en un solo Dios inefable, Iowah, el Alabadísimo, ó los Alabados, (elhoim), hablando en plural, y como si Moisés se refiriese á las tres personas de la Trinidad Santísima.

El mismo pueblo es depositario por la voluntad divina de las tradiciones primitivas y más trascendentales del género humano.

Él nos muestra el cuadro majestuoso y sublime de la creación; la tierra árida y seca, y en ella todo horror y abismo, el caos, la *ruda indigestaque moles* de Ovidio en su *Metamórfosis*; la luz, brillando instantánea á la omnipotente voz del Alabadísimo; el luminar grande, el sol, y el pequeño, la luna, resplandeciendo en la inmensidad de los cielos el cuarto día ó fomentación, *fomes*; y después de todos los seres, como digna corona y complemento, el hombre, formado, por Dios inefable, de tierra roja, infundiendo en él espíritu de vida.

Después hace presentarse á Adam todos los animales de la tierra, y las aves, que cruzan los cielos, para ver cómo

los llama , y el nombre que les puso , ese conservaron : he aquí explicado de una manera sencillísima el origen del lenguaje . Aparece enseguida la mujer , hueso de los huesos , y carne de la carne de Adam ; sucede la tentación en el edén , vulgarmente Paraíso ; óyese la pena impuesta al hombre por Dios irritado : *in sudore vultus tui vesceris panem* ; la amenaza á la serpiente , causa de nuestra desdicha , y la promesa de redención : « Enemistad pondré entre ti y la mujer , y entre tu linaje y el linaje de ella ; él te oprimirá la cabeza , y tú le oprimirás el talón » ; acontece la prevaricación universal , y el diluvio con que la castiga Dios ; la confusión y multiplicación de lenguas entre los habitantes de Senaar , al construir la ciudad y torre de Babel , como señal , por si se dispersaban por la tierra : « Ea , dice Dios , bajaremos y confundiremos allí su saber y su lengua » ; promúlgase la primera ley positiva : « la tierra temblaba , también los cielos se estremecían delante del Alabadísimo ; este Sinaí » ; establécese más adelante el jubileo santo cada cincuenta años , en que las tierras vendidas vuelven á su primitivo dueño , y el esclavo á su familia , recobrando la libertad perdida ; ¡ recuerdos , esperanzas y costumbres sacratísimas , conservadas con gran celo por el pueblo israelita , para transmitirlos en su día al género humano , cuando llegue la hora de la redención , anunciada por los Profetas !

La literatura del pueblo hebreo , aun profanamente considerada , es la más notable , rica é importante del mundo oriental . En la poesía lírico-religiosa nadie llegó á la altura del santo rey David , en sus salterios , ya majestuosos , magníficos y sublimes , ya tristes y lastimeros ; pues parece que el inspirado vate apuró hasta la última gota la copa de la amargura de la vida . « Como la cierva , dice en uno de ellos , anhela las corrientes de agua , así mi alma anhela por tí ,

Señor . Sедienta está mi alma de Dios , de un Dios vivo , ¿cuándo iré á ver la faz de Dios ? Mi llanto es mi sustento día y noche . . . Mas me tranquilizo recordando que . . . ¿ Por qué te abates , alma mía ? . . . Dios mío , mi alma desfallece . . . Un torrente que sale al encuentro de otro torrente al estampido de tus arroyos ; todo el flujo y reflujo de tus olas ha pasado sobre mí » .

Y ¿qué diremos del vigoroso canto de Moisés , en acción de gracias al Señor , por haber sumergido en las aguas del mar Rojo á Faraón y su ejército , admirablemente imitado por el inspirado Herrera , al celebrar la tan señalada victoria de Lepanto , y del no menos grandioso de Débora contra Sisarah ? « Alerta , alerta , Débora , alerta , alerta , canta ; levántate Barak , y prende en tu prisión , hijo de Abinojam » . En él se halla aquel superlativo de verbo , de inestimable valor , propio tan sólo de las lenguas semíticas , que , con singular fruición , repetía nuestro inolvidable catedrático , el insigne hebraizante , García Blanco : « Reyes , ejércitos , huirán , huirán » , y que trasmitido á nuestra lengua , todavía en ella se conserva á despecho de los siglos , y de la influencia , casi decisiva de la lengua latina .

Preciosísimo es el epitalamio , puro y santo , hijo de la inspiración de aquellos días , y que nuestra Iglesia menta en la ceremonia de las velaciones , como el más oportuno , al unirse sacramentalmente el hombre y la mujer : « Albricias á todo el que teme á Dios , al que anda por sus caminos . Trabajo de tus manos cuando comieres , felicidades tuyas y bien para tí . Tu mujer , como vid frutera á los lados de tu casa ; tus hijos , como renuevos de olivos , alrededor de tu mesa ; pues que así será bendito el que reverencia á Dios . Bendígate Dios , desde Sión , y mira por el bien de Jerusa-

lem todos los días de tu vida, y ve á los hijos de tus hijos que sean la paz de Israel».

Al carácter grave y severo de este pueblo y á su elevada misión mal podía avenirse la sátira graciosa. Así que sólo se encuentran en sus libros sagrados algunas ironías bastante amargas y muy intencionadas. El profeta Elías, decía á los sacerdotes de Baál, burlándose de ellos y de su dios: «Clamad más alto, que Dios es, sinó que está en meditación, está distraído, va de camino, ó acaso duerme: ya despertará: clamad».

En la elegía se elevó este pueblo á la mayor altura; pues aparte de las luctuosas fúnebres, los Trenos ó Lamentaciones de Jeremías, sobre la destrucción de la ciudad santa de Sión ó Jerusalém, constituyen uno de los modelos más acabados de este género. «Las manos de mujeres delicadísimas cocieron con la mayor inhumanidad á sus hijos é iban á devorarlos en la tribulación de la hija de mi pueblo».

La poesía pastoril aparece bellísima en el célebre *Cantar de los cantares*, (superlativo de nombre), de Salomón, que es casi un drama, perfectamente dialogado, lleno de pasión y de risueñas imágenes de la naturaleza, con rasgos que envidiaría el mismo autor del *Otelo*. «El amor, dice, es fuerte como la muerte, ardientes como el infierno los celos; sus brasas son brasas de Dios».

Respecto á la didáctica, los *Proverbios*, escritos por este sabio rey, «la luz más brillante y hermosa» del Paraíso de Dante, escritos, sin duda, para que, según él mismo dice en su *Eclesiastés*, se fijen en la mente de las personas que los lean, cual agujijones, ó como clavos bien fijos, son un tesoro de sumo precio de máximas ó aforismos religiosos, morales, políticos y económicos, que dan idea exacta de la cultura de

aquel pueblo. «Pomas de oro con sobrepuestos de plata, palabras dichas con oportunidad. Haya oro y mucho de perlas, que la joya más rica labios de ciencia».

En el *Eclesiastés* se pinta á la mujer fuerte, laboriosa, caritativa, amante de su familia y de su esposo, y la mujer taimada, viciosa é infiel; las dudas y deseos que atormentan sin cesar al espíritu, y se hace la descripción exacta y alegórica de la vejez y la muerte, en que se rompen los lazos más preciosos que el oro y la plata, que unían el alma y el cuerpo. «Y vuelve el polvo sobre la tierra, según estaba, y el espíritu al Señor, que lo dió. Vanidad de vanidades, dice el *Eclesiastés*, y todo vanidad».

No es menos profundo y estimable el libro de Job, grandioso drama, lleno de enigmas, en que se ve á este hombre íntegro, recto, temeroso de Dios y apartado del mal, luchando con la adversidad y admirando la providencia divina, que, después de esta vida, hace que el hombre espere otra, para consolarle de sus infortunios: «Hasta el leño tiene esperanza, dice Job; cuando se corta, todavía vuelve á revivir, y no cesa en su rejuvenescencia».

En suma: tan penetrado estaba de la fraternidad humana Salomón que el día solemne de la dedicación de su famoso templo, construído con las materias más preciosas que el trajo de Ophir, dijo una oración notabilísima, en que pidió á Iowah: «que aun el extranjero, que viniese y orase en el templo, fuese oído de él también en el cielo»: ¡Grandiosas ideas y producciones sublimes, que conservó la nación judaica, como tesoro preciadísimo, hasta que, con la venida del Cristianismo, fueron difundidas, con sus dogmas, por todas las naciones de la tierra!

Los dos poemas indios, el Ramayana de Valmiki y el Maha-baratha, por ineludible consecuencia de la distinción



entre lo divino y lo humano, que antes indicamos, no encierran las altas enseñanzas de la poesía y los libros sagrados de los hebreos ni ejercen su trascendental influencia en la humanidad. Aunque extensísimos é hijos de una imaginación exhuberante, y conteniendo cuadros y episodios de gran valor, todo su interés está fundado en la abnegación y puro amor de sus protagonistas: de Rama á Sita y de Damianti á Nalo, amor castísimo y exclusivo, tal como lo concibe y exige la moral más severa. La simple sospecha que abriga Rama, de que Sita pudiera haber cedido á la violencia, hace que el héroe repugne estrechar la mano de su esposa; y ésta, para probar su fidelidad, se arroja á la hoguera del sacrificio. Sólo la estrecha contra su corazón, y su ánimo se llena de alegría cuando ve que el fuego la respeta, y el mismo Brahama aparece para testificar de la pureza de Sita; primer ejemplo de la prueba del fuego, ó juicio de Dios, tan usado en la Edad Media, en Europa, y que muestra de un modo concluyente, acaso más que otra alguna, el parentesco estrecho de los germanos y de los indios.

En ese mismo poema hay de notable que se mentan también por primera vez las tres principales razas humanas, que aun conocemos: la caucásica ó blanca, á que pertenece Rama, su mujer y su pueblo; la amarilla ó de los Vánaras, los hombres de los bosques, semejantes á los cuadrumanos, aliados del héroe; y la raza negra de los Raxasas ó Vampiros, súbditos del demonio, Rávana, que habitan la isla de Zeylán y su ciudad, Lanka, la Ilion ó Troya del poema, y en definitiva los vencidos.

Háblase ya asimismo en esta epopeya tan antigua, del juego de ajedrez, confirmando las noticias que de él da Alfonso X, el *Sabio*, al ocuparse de su origen y atribuirlo « á la India, la mayor ». De este modo se expresa Valmiki:

« Reinaba Dasárata, hacía novecientos años, en Ayodhia, ciudad construída por Muni, primer rey de los hombres. Las calles de esta ciudad estaban admirablemente alineadas, y regadas en abundancia; las fachadas de las casas pintadas de varios colores, « como tableros de ajedrez ».

¡Qué episodio más triste y de más lamentable realidad presenta el Mahabaratha á nuestra contemplación! Nalo juega á los dados con su hermano Puskara, y pierde sus dominios, sus ropas, su carro, su dinero, no quedándole por último nada, ni siquiera su vestido. Un día el príncipe acosado por el hambre, arrojó su manto sobre una bandada de aves, para saciar su apetito; pero las aves volaron y se perdieron en las nubes, llevando consigo el manto; solo una de ellas dijo á Nalo: « ¡Míranos! esas aves que arrebataron tu último tesoro, son justamente tus dados, los dados que causaron tu ruina. ¡Insensato! tu miseria y desnudez provocan nuestra risa ».

En otro episodio se alude al diluvio, y se pinta á Manú, de quien han de nacer todas las criaturas, á la manera de Noé, en su nave, que él mismo ha construído, agitada en medio del Océano por furiosos vientos: « vacilaba, dice el poeta, sobre las cabrillas amontonadas, bamboleándose como una mujer ébria ».

No hay duda: la verdad, aunque desfigurada y maltrecha, penetra como el sol en todas partes, y se ostenta clara al que sabe apreciarla y desea conocerla, exento de preocupaciones.

Aparte de estos admirables monumentos literarios, que señalan un inmenso progreso, que no puede desconocerse en la cultura humana, siendo digna de admirarse la extraordinaria riqueza de formas del sanscrito y su flexibilidad, que aventaja en mucho á las lenguas clásicas, griega

y latina y á cuantas se conocen hasta el día , por lo cual no es de extrañar que se la llame lengua perfecta , siendo un misterio para los filólogos su origen , y contrastando , no con la pobreza , como han aseverado algunos , sinó con la sencillez del idioma hebreo que , imitando la manera de proceder del Criador , con muy pocos elementos obra las más grandes maravillas literarias ; pues ya hemos visto que no solo produjo lo bello , sinó que se remontó con frecuencia á lo sublime ; debemos manifestar que los magos ó sacerdotes caldeos cultivaron con ahinco la Astronomía , sirviéndoles de observatorio el templo de Belo ; que este mismo pueblo inventó el sistema monetario , adoptado más adelante por los cultos atenienses y la división duodecimal del día ; que los egipcios conocieron la esfera , el gnomon , la división del tiempo en semanas , los eclipses terrestres y lunares , la excentricidad de los cometas , y , aunque desprovistos de telescopios , supieron que la vía láctea es sólo una agregación de estrellas : los lados de su mayor pirámide miran precisamente á los puntos cardinales . Al Egipto se atribuye la Geometría necesaria allí para restablecer la división de las tierras alteradas por las inundaciones del Nilo . De Quemi , antiguo nombre de este país se hace derivar el de la Química y de su estudio y conocimiento deponen los esmaltes , de que están cubiertas las momias , el azul de cobalto esparcido por su pintura , y los colores , que , no obstante el trascurso de tantos siglos , se conservan inalterables .

En suma : los pueblos de Oriente sabían cultivar los campos con instrumentos diferentes ; hacer el pan , el vino y el aceite ; tejer , coser y bordar ; fabricar el vidrio , extraer los minerales de la tierra y los corales del mar , fundir los metales y tallar el diamante . De estos y otros muchos grandiosos inventos , utilísimos para la humanidad , ni se sabe

el nombre de sus autores ni la fecha en que se verificaron : todo está envuelto en la más densa oscuridad y en el velo más impenetrable del misterio .

También debe tenerse muy en cuenta que los conquistadores de Asia , por ambición , ó como por instinto , tendieron á formar de los diversos estados uno sólo , cada vez más vasto y poderoso , como si la idea de la asociación humana , que después realizó Roma , se presintiese y bosquejase en su mente . Así , Ciaxares , el Asuero de Tobías , conquista y une al imperio meda el asirio , destruyendo su capital , Nínive . Ciro , á su vez , incorpora estos dos imperios , (el asirio y el meda) , así como el reino de Lidia , que arrebató á Cresos , y el imperio caldeo-babilónico , de que se apodera por sorpresa en tiempo de Baltasar , al de Persia , y su hijo , Cambises , anexiona el Egipto , del que despoja á Psamménito , hijo de Amasis .

De este modo caminaba la humanidad lentamente , con mayores luces y medios , cada vez más culta y con pensamientos más vastos , al cumplimiento de su destino . La Providencia — salva siempre la libertad del hombre — la conducía en conformidad á sus altos designios .

PASANDO del mundo oriental al griego , vemos que la ley de la perfectibilidad humana se cumple en la esfera religiosa . Salvo la religión de Moisés , que enseña , según hemos dicho , la unidad de Dios , y cómo el hombre fué formado á su imagen y semejanza ; pero que las demás naciones lo igno-

raron hasta la venida de Jesucristo; el panteísmo indio, representando á Dios por las fuerzas ó fenómenos de la naturaleza, y en forma monstruosa; la zoolatría egipcia por la de los animales ó por la mixta de éstos y del hombre; la astrolatría ó sabeísmo de los caldeos-babilónicos por los astros; y el dualismo medo-persa por la luz y las tinieblas, están, á la verdad, muy distantes de la perfección del antropomorfismo griego, que representa la divinidad por la forma humana, que es mucho más noble y digna, y la que el divino Verbo eligió al encarnarse, llegando el sublime Platón á concebir á Dios como Razón suprema, ó ser espiritual y absoluto, depurado de todo elemento natural y humano.

En la esfera social, dejando aparte los tiempos heroicos y fijándonos principalmente en los históricos, en que predominan en Grecia dos pueblos: el dórico ó espartano, y el jonio ó ateniense, encontramos establecidas por Licurgo, legislador político de los primeros, tres clases: la de los espartanos, ciudadanos de pleno derecho, que habitan en Esparta, y son guerreros y propietarios, conservándose entre ellos la primogenitura hebraica; la de los lacedemonios, ó periecos, hombres libres, agricultores é industriales, que moran en los campos y cultivan sus propias tierras; y la de los ilotas que trabajan las heredades de los espartanos, se alimentan de sus frutos, llevando parte de ellos al almacén del Estado ó casa de provisión. Se les azotaba con frecuencia para recordarles que eran esclavos, no podían vestir sinó pieles, y se les cazaba como á fieras por los jóvenes espartanos.

Más humana y progresiva era la constitución política dada por Solón á los atenienses. Verdad es que únicamente los que pertenecían á las tres primeras clases que él estableció, y eran los ricos, podían obtener los destinos públi-

cos, pertenecer al Senado, compuesto de cuatrocientos miembros, ser arcontes y formar parte del areópago; pero en cambio, los ciudadanos pobres, que eran como siempre los más, exentos de mancha legal que los excluyese, tenían derecho á asistir á la asamblea del pueblo, donde se decidía la paz ó la guerra, se sancionaban las leyes, se votaban los impuestos, se rendían cuentas por todos los administradores del Estado y se elegían los candidatos para los destinos y puestos públicos, siendo el voto de esta clase del pueblo, como la más numerosa, el decisivo. También suprimió Solón en beneficio de los ciudadanos pobres, la prendación, por la que antes se declaraba esclavo del acreedor al deudor insolvente.

Licurgo no permitió á los extranjeros residir en Esparta sinó por muy poco tiempo; Solón, al contrario, les consintió permanecer en Atenas por tiempo indefinido, aunque siempre bajo el protectorado de algún ciudadano rico. Al esclavo se le trató mucho mejor que á los ilotas en Esparta, y se permitió al ciudadano dedicarse á las ciencias, á las artes, á la agricultura, á la industria y al comercio, reputadas como profesiones honrosas, realizando así el ideal armónico de la vida, visitar extraños países para ilustrarse y mejorar de posición y fortuna, y, aunque sujeto al Estado, educarse en el cariñoso seno paternal de la familia, todo lo cual prohibió con criterio menguado y estrecho á su pueblo el severo y rígido Licurgo.

Después, habiendo caído del poder en Atenas los tiranos, hijos de Pisístrato, Clístenes, secundado por el virtuoso Aristides, modifica la constitución de Solón, declarando aptos para los destinos y puestos públicos á todos los ciudadanos sin distinción, surgiendo, si es que antes ya no existía, la emancipación del esclavo, el cual, según la ley;



podía comprar la libertad con su peculio ó ganancias, pactando el precio con su dueño, y también obtenerla y aún la ciudadanía si se señalaba, luchando con heroísmo, en defensa de la patria.

Entonces fué cuando iguales en derecho los ciudadanos atenienses pelearon con decisión y valor con los déspotas emperadores persas, pertinaces enemigos de Grecia; entonces los maravillosos triunfos de Maratón, Salamina, Platea y Mikala, y como consecuencia, lleno de esplendor, el siglo de Pericles, punto culminante de la grandeza de Atenas, sin rival en el florecimiento de las artes y de la cultura helénica. Lástima que tanta luz fuese eclipsada por el bárbaro pueblo espartano, enemigo de la libertad humana y de la civilización, preparando en daño de la patria el periodo de la denominación macedónica. Empero, como nada se pierde en la historia de la humanidad, quedaron en pie las lecciones de la experiencia costosamente adquiridas, y que, por desgracia no siempre se atienden y aprovechan, la constitución social hasta allí más perfecta y los frutos del trabajo de este pueblo grandioso, para el que siempre guardará el hombre culto en su mente un grato recuerdo, el del día más sonriente de la juventud del género humano.

Bajo el aspecto literario el pueblo griego no tiene rival; es el maestro del romano y de cuantos le sucedieron; en él se encuentran las obras modelo. ¿Qué otras hubo en la clásica antigüedad superiores á la *Iliada* y la *Odisea* del divino Homero; á la *Teogonía*, los *Trabajos* y los *Días*, y al *Escudo de Hércules* del poeta de Asera; á los himnos guerreros de Calino y Tirteo, escritos en exámetros y pentámetros alternados; á la sátira personal del mordaz y malicioso Arquíloco, á quien la rabia hizo inventar el yambo; á la *Batrocomiomaquia*, atribuida á Homero, aunque de época

muy posterior á él, según los más reputados críticos; á las tiernas elegías del melancólico Mimnermo; á las odas arrebatadoras y como dice Horacio, inimitables del inspirado Píndaro; á las políticas de Alceo, enemigo irreconciliable de los tiranos; á las eróticas del gracioso Anaereonte y de la ardiente Safo; á las églogas pastoriles y piscatorias, tan hermosas y llenas de sencillez y frescura del siciliano Teócrito; á las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y, sobre todo, al *Edipo*, rey, siempre interesantísimo; á las comedias políticas, aunque un tanto procaces, del intencionado y saladísimo Aristófanes, y más adelante á las del medurado y profundo Menandro? En historia ¿quién aventajó á Herodoto, á Tucídides y Jenofonte? En filosofía ¿qué pensador á Sócrates, al divino Platón en sus diálogos y al tan sabio y sutil Aristóteles, al autor del *Organon*? Y en elocuencia ¿quién sobrepujó á Pericles, el Olímpico, así llamado por semejarse á Júpiter, porque, como dice Aristófanes, «tronaba y relampagueaba y hacía estremecerse á toda la Grecia»; á Esquines y al enérgico y contundente Demóstenes, su afortunado rival y vencedor, y el más eminente de los oradores de que hay memoria?

Los escultores y pintores de Grecia son los de más fama del mundo antiguo: los Fidias, Praxíteles y Mirones; los Zenxis, Parrasios y Apeles, autores del célebre y venerado *Júpiter de Olimpia*, tan admirable y sublime que se tenía por dichoso, quien, viniendo de lejanas tierras, podía contemplarlo; de la *Venus* de Gnido, llamada por su incomparable belleza, «la soberana de los dioses y de los hombres», y de aquella ternera tan primorosa que al verla, mugían los toros y corrían á su encuentro los becerrillos. Estos artistas se hallaban en tal extremo satisfechos de sus obras que ponían al pié de ellas inscripciones semejantes á la que es-

cribió Zenxis debajo de su *Atleta*. «Serás criticado; pero no igualado».

En el mismo país privilegiado de Grecia se inventaron los tres órdenes principales, que conocemos, de la arquitectura clásica: el dórico, sóbrio y severo, que era el del sublime Partenón y el de los Propileos de mármol de la ciudadela de Atenas, fabricados á costa de oro por Pericles; el jonio, elegante, suave y esbelto, con sus graciosas volutas en los capiteles, reservado para los templos de Apolo y Venus; y el corintio, rico y variado, con sus hojas de acanto, de origen funerario y sumamente poético; era el destinado á los edificios, donde hubiera de brillar el esplendor y la magnificencia.

Siguiendo los griegos las huellas de los Fenicios, sus antecesores y maestros, se dedicaron, como ellos, al comercio, y establecieron numerosas colonias en las islas y costas del Mediterráneo, llegando hasta las Galias, donde fundaron entre peñas, según Estrabón, á Marsella, llamada después por su cultura la Atenas del Occidente, y en nuestra península á Ródope, Rosas, Ampurias, Denia, Cástulo, Tarteso, Ménaca (Almuñecar), y la célebre Sagunto; doblando el estrecho, á Odisea, hoy Lisboa, á orillas del Océano, á Hellenes, Tyde, (Tuy), y Amphiólochis en Galicia; á Noega, acaso entre nosotros los Astures, y á Obsicella en la Cantabria; dejando impreso el sello de su idioma en las lenguas y dialectos de estas regiones, donde todavía se conserva en la multitud de apóstrofes y crasis que las caracterizan, y en alguna que otra locución y giro.

He aquí, pues, cómo este prodigioso pueblo, al que también se deben las primeras leyes mercantiles, las leyes rodias, se distinguió en todas las esferas de la vida, desarrollando con creces los elementos civilizadores que, de

Oriente, había recibido, y haciéndose, por su actividad y por la alteza de su inspirado genio, digno de la admiración y estudio de cuantas generaciones le sucedieron.

Si en Grecia se cumple con tanta exactitud la ley histórica, en Roma se la ve rigiendo y dominando los acontecimientos desde el principio hasta el fin, señaladamente en la parte social. Tan cierto es lo que aseveramos que, Virgilio, el más insigne de sus poetas, penetrado de la misión de su patria, exclama en el libro VI de su tan ponderada *Eneida*:

« Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hæ tibi erunt artes: pacis imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbos ».

En efecto: vencidos los latinos de Roma por Tacio y los sabinos y etruscos, y muerto su jefe Rómulo, aparecen despojados de todo derecho, casi esclavos de los vencedores, que constituyen el patriciado, mientras que ellos son los plebeyos, el pueblo romano de los quírites: *populus romanus queritum*.

Numa, que sucede á Tacio, da el primer paso en la obra de la fusión de estos tres pueblos. Crea la religión romana, admitiendo en ella los dioses de sabinos, etruscos y latinos, sin excepción alguna.

Tulo Hostilio embellece á Roma con los templos levantados al Miedo y la Esperanza; construye la Curia Hostilia

para el Senado , que ya existía ; destruye á Alba Longa , y trae á la capital de su reino sus habitantes , como decía el mismo Hostilio , según Tito Livio , para hacer de ambas una sola ciudad , una sola república ó estado : *unam rempublicam facere*.

Anco Marcio se apodera del primer puerto que tuvo Roma , de Ostia , y construye la prisión Mamertina , cerca del *Forum* ; señal evidente de la revolución que amenazaba por parte de la segunda nobleza descontenta , la nobleza etrusca , y que se realiza al fin , sin que la historia nos diga en qué forma.

Tarquino Prisco , ó el *Mayor* , primer rey etrusco , es uno de los que más trabajan por la fusión de los tres pueblos. Comienza la construcción del célebre templo de Júpiter Capitolino , venerado por todos ellos. Con el objeto , sin duda , de que se fuesen borrando las diferencias de origen de cada uno , cambia sus nombres , dando el de Tacios á los sabinos , Lúceres á los etruscos y Rhamnes á los latinos , y echa los cimientos al Circo para los grandes espectáculos de que todos pueden disfrutar.

Servio Tulio da un paso más . Sustituye la división anterior , donde todavía se vislumbra la división de pueblos , por la de clases y centurias , atendiendo solo á las riquezas ; establece las ferias latinas ó fiestas en honor de Júpiter , donde se confunden los romanos con los habitantes de los pueblos vecinos , é introduce la moneda y los pesos y medidas , ya que la escritura estaba en uso en tiempo de Rómulo.

Tarquino , el *Soberbio* , es aborrecido por patricios y plebeyos , á causa de no respetar las prerrogativas de los primeros , y por la dureza con que trata á los segundos en las obras públicas , y , sobre todo , por haber abolido la constitución de Servio Tulio , tan favorable á éstos . El atentado de

su hijo Sexto al honor de la casta Lucrecia , esposa del patricio Colatino , y el descontento público fueron las causas de su destronamiento. Entonces se establece la república aristocrática romana con el senado y dos cónsules , en sustitución del rey , y vuelve á ponerse en vigor la constitución de Servio Tulio , con gran contento de los plebeyos . Trata Tarquino de recuperar el trono ; opónese su pueblo y lucha contra él con denuedo , junto al lago Rhegilo , donde es derrotado y muertos sus hijos , Tito y Sexto , quedando en definitiva consolidada la república.

Ingratos los patricios olvidan los servicios de los plebeyos y los tratan con dureza y menosprecio , y ellos , irritados , se retiran al monte Aventino , á una legua de Roma , y se disponen á fundar allí una nueva ciudad. Entonces los patricios , viendo expuestos á quedar sin cultivo los campos y que se levantaban amenazadores sus enemigos , se reconcilian con los plebeyos , consintiendo en que éstos nombren dos magistrados inviolables , llamados Tribunos , con facultad de suspender y anular los decretos del senado y las sentencias de los cónsules con solo la palabra : *veto*. Poco después adquieren , no obstante la oposición del senado , el derecho de reunir los plebiscitos , y éstos se hacen obligatorios , como los senado-consultos , en virtud de la ley Publilia , no sin nueva y porfiada lucha . Algunos años más tarde consiguen , á despecho de Quincio , hijo de Cincinato , y de la juventud patricia , se formen y publiquen por los Decenviros las famosas *Doce Tablas* , base de la legislación romana . Sin embargo , era tal el espíritu aristocrático y exclusivo que reinaba en ellas que continuaban prohibiendo se celebrasen matrimonios entre patricios y plebeyos . Estos no sólo obtienen al poco tiempo se anule disposición semejante , sinó que se les declare hábiles para aspirar á todos

los cargos públicos. El senado, con objeto de eludir esta ley, crea, en sustitución de los dos cónsules, seis tribunos militares, que, debiendo ser tres patricios y tres plebeyos, de hecho eran siempre patricios. En vista de esto los tribunos, Stolon y Lucio Sexto, piden se supriman los tribunos militares y se restablezcan los dos cónsules, habiendo de ser uno patricio y otro plebeyo, y aunque encuentran viva oposición, se hacen tan populares que son reelegidos por diez veces, y viendo el octogenario Camilo, muy respetado de todos, que era inminente una guerra civil, aconsejó á los patricios cedieran, para que en adelante no hubiera en Roma más que romanos. Así sucedió, levantándose en el Capitolio, para conmemorar hecho de tal importancia, el templo de la Concordia y dándose al anciano que tan señalado servicio había prestado á su patria, el honroso título de segundo fundador de Roma.

Realizada la fusión de los tres pueblos primitivos, su poder es incontrastable. Someten á su dominio, una vez vencidos Poncio Herencio y Pirro, á los Samnitas y Tarentinos, cabiendo igual suerte á Sicilia, después de las victorias de Duilio, Régulo y Lutacio sobre los cartagineses que, vencidos á orillas del Metauro y en Zama, después de los estériles triunfos de Annibal en el Tesino, Trebia y Trasímeno, y del sangriento de Cannas, sucumben, arrojándose á las llamas, del mismo modo que los saguntinos. Entonces caen bajo el poder de Roma, Macedonia, Grecia, con el nombre de Acaya, el Asia menor hasta el Tauro y el reino de Pérgamo; comienza la cultura literaria latina con Nevio, imitador de Aristófanes y enemigo de los Metelos; con Quinto Eunio, predecesor de Virgilio, quien más de una vez, según el mismo dice, sacó de sus obras oro purísimo, y con Plauto y Terencio, que siguieron las huellas de Dífilo, File-

món y Menandro, y los romanos contemplaron por primera vez las obras maestras del arte griego, dulcificándose sus rudas y toscas costumbres.

Una cuestión social de suma trascendencia comienza á ventilarse en Roma, en este tiempo, y es la concesión del derecho de ciudad, *jus civitatis*, á los aliados, residentes en Italia. Mas ¿en qué consistía ese derecho, á la sazón tan codiciado? En el goce de todos los derechos civiles y políticos. Eran los primeros, el *connubium*, *patria potestas*, *jus legitimi dominii*, *testamenti*, *hereditatis*, *libertatis*; y los segundos el *jus census*, *suffragiorum*, *honorum et magistratum*, *sacrorum et militie*.

Los romanos disfrutaban de estos derechos: no así los italianos, que estaban privados de los políticos, y tenían tan mermados los civiles que no podían ser propietarios, sino simplemente poseer con permiso, siempre revocable, y ejercer el comercio tan sólo en su municipio. Y, sin embargo, estos hombres, dobles en número á los romanos, pagaban tributos y derramaban su sangre en las legiones para engrandecer á la república.

Por la concesión de tan justo derecho á los italianos abogan y luchan, sin éxito, el elocuente Cayo Graco, Livio Druso, hijo, los marsos, samnitas, campanos y lucanenses, confederándose entre sí y formando la república, llamada Itálica ó de Corfú, que era la capital, Mario, Cinna y el tan simpático para los españoles, Sertorio; el cónsul M. Emilio Lépedo y el senador, de triste memoria, Lucio Sergio Catilina; éste quizá más por su ambición.

Constitúyese el primer triunvirato. Craso, á quien había correspondido el Oriente, muere luchando contra los partos. El vanidoso Pompeyo manda á César, que era un héroe y había conquistado las Galias, destruido el druidismo en ellas



y puesto un pie en la Bretaña, que licencie sus tropas. Indignado César, pasa el Rubicón, entra en Roma, triunfa en España, vence á Pompeyo en Farsalia y á sus dos hijos Cneo y Sexto en Munda, donde luchó, según él mismo confiesa, más por su vida que por la gloria. Dictador perpetuo, cónsul, tribuno, censor, imperator, pontífice y padre de la patria: él, que había sido el único perdonado á duras penas por el sanguinario Sila, no obstante ser sobrino de Mario y yerno de Cinna, y de ver en él muchos Marios, y que se había salvado como por milagro de la muerte, cuando la conjuración de Catilina, concede al fin á los italianos el *jus civitatis* y los recibe en el Senado, así como á algunos galos de la Cisalpina y Narbonense, que eran los más cultos, como también á algunos iberos ó españoles y nómadas. Es más: nombra cónsul, hace preceder de los lictores y de los haces y sentarse en la silla curul á su amigo y consejero el gaditano Cornelio Balbo, siendo éste el primer extranjero que obtiene tan alta dignidad. Frenéticos los antiguos patricios con estas innovaciones, que dejan muy atrás las ideadas por los Gracos y huellan sus más preciados privilegios, determinan vengarse, y dirigidos en número de setenta por los dos Casios y Bruto, le asesinan, cosiéndole á puñaladas, en el Senado, cayendo exánime al pie de la estatua de su rival Pompeyo.

Entre tanto la literatura latina tomaba gran incremento con poetas tan notables como Lucrecio, Cátulo, Tibulo y Propercio, que la enriquecían no sólo con sus producciones, sino introduciendo en ella nuevos metros, el sáfico, adónico y el verso elegíaco ó sea el exámetro, alternado con el pentámetro, imitando siempre á los griegos, y aparecen también las primicias de nuestras letras con aquellos poetas, que llevó consigo á Roma el viejo Metelo, y á los que se

refiere Cicerón en su discurso, «*Pro Archia, poeta*», y con los declamadores Junio Galión, Turrino Clodio, amigo de Cesar, Cornelio Hispano, Victor Estatorio y Sextilio Hena, todos cordoveses y discípulos del griego Asclepiades, que como se ve, puso la primera piedra, en que se fundó nuestra cultura, al mismo tiempo que Sertorio abría á la juventud española la escuela de Huesca dirigida por griegos y romanos de los más ilustrados. Tampoco debe olvidarse, porque es importantísima, la reforma que en el calendario romano introdujo entonces Cesar, inspirado por el astrónomo alejandrino, Sosígenes, sustituyendo el año lunar, inexactísimo, de Numa, de 355 días, por el solar de 365, que aún hoy es el oficial, y por el que nos regimos, salvo la conveniente alteración hecha por el sabio pontífice Gregorio XIII.

Si de gran trascendencia fueron los hechos llevados á cabo por César, no lo son menos los que realiza su sobrino Octavio Augusto, cuando vencidos Bruto y Casio en la batalla de Filipos, Sexto Pompeyo en Nauloc y en Actium el triunviro Marco Antonio y declarado el Egipto provincia romana, después de muerta con el veneno de un aspid, su reina Cleópatra, establece definitivamente el imperio. Extendíase éste desde el Rhin y el Danubio hasta las cataratas del Nilo y la Arabia, de Norte á Sur, y de Oeste á Este desde el país de los Galaicos, Astures y Cántabros hasta el Eufrates y el golfo Pérsico. Augusto lo divide en veinticinco provincias; imperiales las unas, que eran las más levantiscas y gobernadas á su nombre por pretores: senatoriales las otras, las más pacíficas, regidas por procónsules, que nombraba el Senado. La Tarraconense y la Lusitania en nuestra España, eran imperiales; la Bética, senatorial. Esto indica que á la desigual división de Citerior y Ulterior

hecha por el cónsul Caton el Censor, tomando por base el Ebro, había sustituido Augusto otra más razonable y conveniente.

La asociación humana gana con Augusto bastantes grados. Desde el primer censo de población, que hizo, al segundo, hubo un aumento de cerca de 20.000 ciudadanos. Dando impulso á la política de César levanta el Panteón, templo, como indica su nombre, consagrado á todos los dioses, así nacionales como extranjeros, bajo la suprema advocación de Júpiter, Marte y Venus, muy venerados por los romanos y por la familia Julia; establece en todas las provincias del imperio colonias, que eran otros tantos centros de cultura, sobre todo en Occidente, y más que en otra parte, en España, y á muchas de sus ciudades les concede el privilegio de erigirse en municipio; confía la custodia de su palacio y de su persona á trescientos jóvenes de las familias más distinguidas de Calahorra; sin número de ciudades, agradecidas á sus favores, se honran con su nombre; la antigua Salduba, hoy Zaragoza, se llama entónces César Augusta, y de igual modo Pax-Augusta, Astúrica-Augusta, Lucus-Augusti y tantas otras, y de tal manera se extienden por doquiera el idioma, los usos y costumbres romanas que hasta visten la toga los tenidos por más fieros é incultos, llamándose togados y estolados. Vencidos los astures en Lancia se fundan por su mandato las ciudades de Emérita-Augusta y de *Legio septima gemina*, con soldados legionarios y tal número había en Cádiz de caballeros romanos que ninguna otra podía compararse con ella, no siendo Padua. A César-Augusta la declara exenta de tributos y hace capitales de conventos jurídicos á esta misma ciudad, á Tarragona, Cartagena, Coruña del Conde, Clunia, Astorga, Lugo, Braga, Beja, Pax-Julia, Mérida, Santarén (*Scalabis*), Cór-

dova, Sevilla (*Hispalis*), Ecija (*Astigitis*) y Cádiz, facilitando y haciendo más segura la administración de justicia, más importante el estudio del derecho y abriendo ancho y muy honroso campo á sus cultivadores.

No tiene esto nada de extraño, toda vez era tanta la estimación de Augusto á los jurisconsultos, que estableció la *responsa prudentum*, erigiendo en leyes las respuestas de de cierto número de abogados que había en Roma, siempre que le pareciesen aquellas conformes á razón.

Embellece á nuestra patria con artísticos monumentos, entre ellos, el templo de Jano-Augusto, en Ecija; construye un hermoso puente sobre el Ebro; las torres, en forma de pirámide, llamadas de Augusto, sobre el río Ulla, en Galicia, y las Aras Sextianas, en el Cabo de Torres en Asturias, erigidas unas y otras por Sexto Apuleyo, para señalar el último término de sus victorias. En Roma obtiene por primera vez los honores de triunfo, no concedidos aún á ningún extranjero, el gaditano Cornelio Balbo, sobrino del consejero y amigo de César, de quien hemos hablado, ostentando los trofeos de veintitres pueblos bárbaros, que había vencido en Africa, entre ellos el de los Garamantas, tenido hasta entónces por fabuloso.

Durante su imperio brillan los poetas más eminentes. Horacio, hijo de oscuro liberto, da á luz sus admirables odas, poniéndose á la altura de Píndaro, Anacreonte, Sofo y Alceo, á quienes imita. La oda en que ensalza la vida del campo y la de la profecía de Nereo, dieron á nuestra literatura las dos composiciones líricas que más enaltecen al inspirado Fray Luís de León. Sus sermones ó epístolas constituyen un género nuevo de poesía, enteramente romano y nunca conocido por el arte griego. La tan excelente de los Pisones, siempre será estudiada como conjunto de principios que brotan del

más profundo y delicado crítico que tuvo la antigüedad. Virgilio, en sus églogas, es más tierno y delicado que Teócrito y aunque á través de sus elegantes formas se descubre al refinado cortesano de Augusto, sin embargo, la de Títilo y Melibeo, prodigio de naturalidad y sencillez y enteramente pastoril y patética, y la de entonación mucho más elevada y profética de Polion serán siempre tenidas por modelos eternos de belleza. Otro tanto decimos de la incomparable *Eneida*, donde en el amor intenso de la desgraciada Dido entrevén los críticos el espiritual y puro que concibe tan sólo el cristianismo.

Ovidio, en sus *Tristes*, sobre todo, en la hermosísima elegía, que arranca lágrimas, pintando el cuadro de desolación, al despedirse de su familia y de Roma: « *Cum subit illius tristissima noctis imago* », en sus *Heroidas* y en sus *Metamorfosis*, donde aparece la triste é interesantísima historia del verdadero é íntimo amor y trágica muerte de Píramo y Tisbe, es maravilla de elegancia, de sentimiento y de inspiración. Sus obras vivirán lo que viva la humanidad. Estos poetas, los que más honran á Roma por su ingenio y cultura, no son romanos, son hijos de Italia, como no lo era el mismo Cicerón y evidencian la justicia y nobleza de las pretensiones de César y los Gracos, y cuán dignos eran, los que tan alto ponían el nombre de su patria, de que se les colmara de derechos, honores y distinciones.

También España se distinguía por aquel tiempo con los declamadores y retóricos Porcio Latron y Marco Anneo Séneca, autor de las célebres *Suasorias* y *Controversias*, y, sobre todo, con Cayo Julio Higyno, maestro de la juventud dorada de Roma, el más insigne arqueólogo y naturalista de entónces y jefe de la Biblioteca palatina de Augusto, de

quien era liberto. Su *Historia Natural* es la precursora de la que escribió más adelante el tan celeberrimo Plinio.

Rigen el imperio después de la muerte de Augusto en el siglo I de Jesucristo, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano. Fuera del virtuoso Nerva, del severo y valiente Vespasiano y del bondadoso Tito, los demás, por sus crímenes, sensualidad y vicios, por su imbecilidad ó por su dureza y crueldad, son apropósito para abatir el ánimo del historiador más confiado.

Sin embargo, la ley de la historia se cumple; pues en tiempo de Tiberio los que más se distinguen en Roma por sus riquezas son el ibero ó español Mario Sexto y el galo Valerio Asiático, que en sus palacios y jardines deslumbran con su esplendor á las antiguas familias patricias. El mismo Calígula, no obstante su insensatez, hace algunas concesiones de ciudadanía. Claudio, de quien se burla nuestro Séneca, después de un discurso elocuente que pronunció en el Senado, y que conserva el profundo Tácito en sus *Anales*, obtiene el ansiado decreto, concediendo el derecho de ciudad á favor de los habitantes de las Galias que antes solo gozaban del de sufragio, *jus italicum*, aunque su deseo era más amplio y generoso: extender el derecho de ciudad á los españoles, á los griegos y hasta á los britanos, cuya conquista intentaba. En Africa Suetonio Tranquilo sometía á Roma la Mauritania. Nerón, que dió muerte á su madre Agripina, y cometió otros repugnantes excesos, concede el *jus latinum* á los pueblos de los Alpes marítimos (Genovesado). Su maestro, el hombre más sabio de aquella época, era un español, el cordovés Lucio Anneo Séneca; y era su amigo, casi su hermano, con quien se había criado y educado el poeta más insigne de aquel tiempo, el célebre Marco Anneo

Lucano , sobrino de aquél , y ambos el ornamento más precioso del palacio imperial , donde tenían singular ascendiente , hasta que la fortuna veleidosa se les tornó enemiga , y tuvieron trágico fin . Galba , Otón y Vitelio concedieron el derecho de ciudadanía á particulares y pueblos , para ganarse adictos , tanto que Otón , según Tácito , otorgó el *jus civitatis* á varias familias de Sevilla y Mérida y á todos los lusos ó lusitanos , de los que había sido pretor , y agregó á la Bética la Mauritania . Vespasiano recoge de todas las provincias mil familias distinguidas para llenar las vacantes del Senado ; concede el *jus latinum* á los españoles , que eran en gran parte estipendiarios ó pecheros ; construye en nuestra provincia multitud de obras públicas , caminos , puentes y acueductos , acaso entre ellos el tan grandioso de Segovia . Muchas ciudades , como cuando imperaban Julio César y Augusto , toman su nombre : *Flavium Brigantium* (la Coruña) , *Iria Flavia* , *Acuce Flavice* ; otras le levantan estatuas y acuñan monedas con su busto . En su tiempo se cumplieron las profecías de Jesucristo y Jeremías ; pues Tito , Delicias del género humano , hombre compasivo é hijo de Vespasiano , por rigores de la suerte , y porque estaba así escrito y la palabra de Dios tenía que cumplirse , destruye á Jerusalem y reduce á cenizas el templo , no quedando de ellos piedra sobre piedra ; y , finalmente , en el reinado de Domiciano , Agrícola , suegro del historiador Tácito , conquista la Britannia , procurando extender en ella la educación y cultura greco-romanas .

En este tiempo el Verbo baja de los cielos y se hace carne en el vientre purísimo de la Virgen , casta y santa , y se muestra á los hombres , humilde y pobre , en el sagrado pesebre de Betlem , donde brilla aquella luz más refulgente y útil que mil soles para el género humano , sediento y an-

sioso de aquel celeste y reparador rocío . Recibe Cristo el bautismo en las aguas sacrosantas del Jordán , y se oyen de sus divinos labios las más altas enseñanzas : la unidad de Dios , contra el politeísmo ; la fraternidad humana , contra la esclavitud ; la indisolubilidad del matrimonio , los mandamientos del Decálogo , la Oración dominical , las Bienaventuranzas , la Caridad , la inmortalidad del alma , la resurrección de la carne y la responsabilidad y el premio y castigo por nuestras acciones en la otra vida ; todo con suma sencillez y por medio de interesantes parábolas , como las bellísimas del hijo pródigo y del rico avariento , realizándose á la vez sorprendentes prodigios : la conversión del agua en vino en las bodas de Canaán , la resurrección de Lázaro , la curación del paralítico de la piscina : « Levántate y anda » , y la maravillosa transfiguración de Cristo en el monte Tabor . Entónces fué cuando se realizó el sublime drama de nuestra Redención en el Olivete , en el Pretorio , en la calle de la Amargura y en el Calvario , donde Cristo muere crucificado entre dos ladrones , como un mísero criminal .

Los apóstoles , obedeciendo el mandato de su divino Maestro , después de resucitado , predicán su doctrina ; muere mártir San Esteban ; conviértese Saulo por la intervención divina ; reúnese el primer concilio en Jerusalem , imagen de los que se celebraron después ; fúndanse las primeras iglesias ; habla Pablo ante el Areópago ; acaba con la adoración de Diana en Efeso , y viene á Roma , donde sufre el martirio con el primer Pontífice , San Pablo , y los heroicos cristianos que convierte en teas encendidas con brea y resina en sus jardines el cruelísimo Nerón . Escríbense los cuatro Evangelios ; el de San Juan , lleno de unción y dulzura , en que defiende la Divinidad de su Maestro , negada por los primeros herejes , Ebion y Cerinto . Las sublimes

enseñanzas de Cristo se extienden á España, que dormía en el estupor del paganismo. Son sus apóstoles Santiago el Mayor, el rayo, el hijo del trueno, según la tradición constante y veneranda, y siguiendo muy estimables datos históricos, San Pablo, antes de su martirio, y sus discípulos Torcuato, Ctesifon, Indalecio, Eufrasio, Cecilio, Hesichio y Segundo, que establecen las iglesias de Accí, Ursi, Bergium, Ilturgi, Iliberis, Carteya y Avila, siendo ésta la única que se halla fuera de los límites de la Bética. De este modo, en ese grandioso siglo, se ponen los primeros cimientos de las verdaderas creencias y se prepara la extinción del politeísmo, en que por tantos siglos habían estado sumidos la mayor parte de los pueblos de la tierra, abriéndose la era del progreso más alto y verdadero que es el religioso.

Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, son los emperadores más distinguidos y que más hacen por la asociación de los pueblos á Roma. Trajano, andaluz, hijo de Itálica, vence á Decévalo, rey de los Dacios, é incorpora este país al imperio, estableciendo en él colonias y fundando por capital de ellas á Ulpia Trajana. A fin de perpetuar la memoria de triunfo de tanta importancia, allana una considerable montaña y forma una plaza magnífica, en medio de la cual levanta la famosa columna de su nombre, adornada de bajos relieves, que representan sus victorias, y remata con su estatua en pie. Extiende los límites del imperio hasta el Indo en Asia y hasta Medina en Arabia; extensión que nunca había alcanzado. En las provincias construye multitud de caminos militares, canales, puentes y acueductos, entre ellos los de Nicomedia y Sínope y otras ciudades, atestiguados por inscripciones y ruinas; y en España el grandioso puente de Alcántara, el Circo de Itálica, la hermosa columna de Zalamea de la Serena, el Monte-Furado y la

Torre de Hércules en Galicia: funda escuelas para la educación y enseñanza de huérfanos de ciudadanos pobres, y aunque persiguió á los cristianos, fué en la Edad Media tan querido y respetado, que se conservaba la tradición de que San Gregorio el *Magno* le había sacado del infierno, y Dante en su *Divina Comedia*, le encuentra, no obstante ser pagano, en los cielos, en Júpiter, entre los bienaventurados que habían sido justos en la vida.



QUARTO emperador, tan ilustre como el anterior y también hijo de Itálica, fué Elio Adriano; era orador, matemático, filósofo, gramático, astrólogo, arquitecto, músico, hábil pintor y poeta griego y latino. Profesaba la máxima de que «un buen gobernante debía, como el sol, estar en todas partes»; así que recorre las provincias del imperio y deja en ellas gratos recuerdos, y, en especial, erigidos monumentos artísticos de gran precio. En Grecia hermosea á Atenas, y levanta en Mantinca un sepulcro al filósofo Epaminondas; en Asia embellece á Esmirna, la patria de Homero, y á la poética Palmira, la ciudad predilecta de Salomón, junto al desierto; en Judea reedifica á Jerusalem, dándole el nombre de Elia Capitolina; en Africa á Cartago, y continúa el célebre canal, comenzado por Necos, para unir el Nilo con el mar Rojo; en las Galias construye el grandioso anfiteatro de Nimes; en Britannia una extensa y sólida muralla, de mar á mar, para defenderla de las invasiones de los Pietos y Caledonios; en España reedifica en Tarragona el templo de

Augusto, erigido por Tiberio, y, á su costa, la calzada pública, desde Munda á Cartima, en una longitud de veinte mil pasos; y en Roma un nuevo puente, sobre el Tiber, el templo de Venus y de Roma, un Ateneo, y el soberbio mausoleo para su sepultura, *Moles Adriani*, hoy castillo de Santangelo. Por estas construcciones y monumentos se le llamó con justicia enriquecedor de pueblos, y á la vez que iba inspeccionando y organizándolo todo concedía á muchas ciudades el derecho latino é itálico.

Hasta entónces las provincias eran regidas por el *Edicto* del pretor, conjunto de leyes que él establecía á su arbitrio al hacerse cargo del gobierno, y que solo duraba tanto como su autoridad, esto es, un año. Adriano hace desaparecer la inestabilidad de las leyes, eligiendo, entre los muchos que existían, el que le pareció más aceptable, el de Salvio Juliano, jurisconsulto quizá el más eminente de aquel tiempo, estableciendo como Código fijo, aunque tan sólo para Italia, el llamado *Edicto perpetuo*. Es más: el dueño del esclavo tenía sobre él derecho de vida y muerte. Adriano, en bien de la humanidad, dispone que esta pena solo pueda imponérsela el magistrado, y únicamente por causa justa.

Antonino Pío, que sucedió á Elio Adriano, su pariente é hijo adoptivo, da al imperio una paz inalterable de cerca veintitres años. El título de multiplicador de ciudadanos, que se le aplicaba, indica las muchas concesiones que hizo del derecho de ciudadanía. Como natural que era de Nimes, promovió la ilustración, principalmente en las Galias y también en Africa; y de tal manera se cultivó en ambas la lengua griega y sus ciencias y letras que vino á hacerse universal, y hasta estuvo á punto de reemplazar á la latina, si bien este impulso provenía ya de Adriano, á quien, según asegura Lilio Gregorio Giraldo, se le llamaba el *Grieguecito*,

por esta decidida predilección á la cultura helénica. Hemos dicho que Adriano privó al dueño del esclavo del derecho que sobre él tenía de vida ó muerte, confiriéndola á la autoridad del magistrado. Antonino Pío hace más: declara reo de homicidio al dueño que mate un esclavo; porque no destruye una cosa, sinó que mata á un hombre. No hay duda: el cristianismo con su dogma grandioso de la fraternidad, se iba infiltrando é imponiendo á las leyes de los emperadores paganos y produciendo estas maravillas.

También Marco Aurelio, sucesor de Antonino Pío, y oriundo de nuestra patria, protege al esclavo del que había necesitado y había visto sumiso y buen soldado en las sangrientes guerras que tuvo que sostener con los germanos, dando leyes que facilitasen su emancipación. El *Edicto perpetuo* de Salvo Juliano, concedido por Adriano tan solo á Italia, lo extiende Antonino á todas las provincias, que reciben por ello un señalado beneficio.

Pasando por alto á Helvio Pertinax y al rico senador Didio Juliano, que nada hicieron, ni pudieron hacer por la asociación humana, el africano Septimio Severo favorece á su patria y á Siria, que lo era de su esposa Julia Domna, natural de Emeta. Por eso concede á Alejandría el derecho de constituirse en municipio, lo cual no había podido conseguir hasta aquel entónces, porque parecía pesaba sobre ella aún la animadversión de Augusto. Cartago florece como en sus mejores tiempos, y florecen también las letras en Africa, y este emperador es el que establece la tan renombrada escuela de Beryto, en las costas de Siria.

Caracalla, su hijo y sucesor, fué un fratricida y un criminal, es verdad; pero nunca puede olvidarse que ya por sí, ya aconsejado de los jurisconsultos tan ilustres de aquel tiempo, que es lo más verosímil, concedió el derecho de

ciudad á Alejandría , y Roma vió con asombro sentarse por primera vez en el Senado á un egipcio , á Cerauno , cuyo nombre conservó la historia , comprendiendo lo que valía y significaba este hecho para la unidad humana ; pero lo que principalmente hizo célebre á Caracalla es el haber concedido y publicado la llamada *Constitución Antonina* , por la que declaró ciudadanos romanos á todos los hombres libres del imperio . Desde entónces desaparecieron las distinciones políticas de ciudades de derecho latino , itálico , confederadas y estipendiarias ó pecheras , y no se conocieron otras más que las de hombres libres, esclavos y extranjeros. Roma fué la patria de todos los pueblos á ella sometidos ; se hicieron desde este instante romanos y disfrutaron de la igualdad de derecho tan condiciada , como dice nuestro esclarecido lírico cristiano, Clemente Prudencio, los que bañaba el Rhin y el Istro, el aurífero Tajo y el caudaloso Ebro, los que alimentaba el Ganges y bebían las templadas aguas del Nilo , todos unidos , en estrechos lazos, y mezclada su sangre, formaron una sola raza :

..... Sanguine mixto,
Tegitur alternis ex gentibus una propago.

Realizada ya la unidad política , concebida por primera vez por César , y seguida sin interrupción con más ó menos lentitud por los emperadores hasta Caracalla , que la lleva á cabo, parece terminada la misión de Roma . Sin embargo, no es así , sinó que comienza otra nueva fase , que consiste en la lucha del Cristianismo con el paganismo , ya antes entablada , para acabar con los falsos dioses y poner en práctica su doctrina.

Como para mostrar toda la crueldad , hediondez y deli-

rio de la religión pagana , entra en Roma en este tiempo un joven, sacerdote de Baal, por nombre Heliogábalo , proclamado emperador, con una piedra negra en sus manos , en forma de cono , que representa el sol . Celebra con inusitada pompa las bodas de Baal y Astarté ; y de Roma y de las provincias se mandan dones á los desposados , y se sacrifican en sus altares víctimas humanas , tiernos niños arrancados sin piedad de los brazos de las madres desoladas, como que son las ofrendas más preciosas para aquellas deidades sanguinarias ! El emperador y hierofanta se entrega después sin freno á toda clase de excesos , sensualidades y delirios, y aquellos mismos que le ensalzaron se avergüenzan y cansan de contemplar tantas extravagancias, del mismo modo que su madre y el pueblo romano, que, al fin, se subleva, lo arrastra por las calles de Roma y lo arroja al Tíber como á un miserable.

Ocupa su puesto dignamente su primo Alejandro Severo, de costumbres muy diferentes, puro, moderado, amante del saber, y en singular, de los jurisconsultos , á quienes mira como á sus más leales amigos y consejeros. En su oratorio ó *lararium* tiene las imágenes de los que él llama los bienhechores de la humanidad : Jesucrito , Apolonio de Tiana, Abrahan y Orfeo . Esto indica que es un eclético á la manera de aquellos días, pero también su ilustración, sus ideas y su tolerancia . Verdad es que se refiere una conversación ó controversia que tuvo con uno de los más ilustres jurisconsultos de aquel tiempo , con Ulpiano , sobre si sería conveniente sustituir el paganismo por el cristianismo , como religión más pura y perfecta , siendo este de contrario parecer y creyendo que bastaría para que el hombre obrara el bien que siguiese las luces de la razón , por desgracia tan falible, y los principios fundamentales del derecho y buenas

costumbres: «*Honeste vivere, neminem ledere, suum cuique tribuere*». La tradición supone haberse levantado en su tiempo en Roma el primer templo cristiano, el de Santa María transtiberina.

Como consejero y ministro de Maximino el Cíclope, aparece después el insigne jurisconsulto Modestino, el cual, inspirado en doctrinas é ideas muy superiores á las estoicas que profesa, formula la definición tan sencilla como verdadera y profunda del matrimonio, con la nota indispensable de la indisolubilidad, «*consortium omnis vite*», que Cristo había establecido. Durante el imperio de Pupiano, Balbino, Gordiano III y Filipo el árabe, los cristianos no son perseguidos; antes bien el rumor público señalaba á este emperador como cristiano, sin que realmente lo fuese. Viene la terrible persecución de Decio, y ésta es tal que muchos cristianos se ven precisados á abandonar las ciudades y retirarse á los yermos que en Egipto y Siria se llenan de anacoretas venerables y santos. Entónces comienza la vida monástica, que tan útil había de ser á la religión y á la humanidad, y aparecen varones piadosísimos que, constituidos en jefes de aquellas congregaciones, se erigen en legisladores ascéticos, estableciendo las primeras reglas monásticas. Un rescripto dado por Galieno, hijo del cruel Valeriano, declara implícitamente permitido el culto cristiano, y éstos obtienen algún respiro y se multiplica su número. Tácito y Probo, siendo paganos parecen cristianos; no así el dalmata Diocleciano que, hijo de un esclavo, y pasando de simple soldado por todos los grados de la milicia hasta elevarse á emperador, ostenta aquel aparato oriental que, separándose de la sencillez de los Flavios y Antoninos, parecía convertirle en un dios. Durante su imperio solo dos cosas interesan: la tetrarquía, que aleja de Roma al empe-

rador, que establece su corte en Nicomedia, quedando Roma como políticamente decapitada, sin más que una guardia urbana á las órdenes del prefecto de la ciudad; y la última y más cruda persecución que decretó contra los cristianos para su definitivo exterminio, conocida con el nombre de *Era de los mártires*, persecución que, comenzando por privar de sus destinos civiles y militares á los cristianos que no abjurasen su fé; por demoler los templos y apoderarse de los objetos del culto, terminó por exigirles, cualquiera que fuese su edad, rango y sexo, sacrificar á los dioses ó recibir la muerte. Y en efecto, fueron tantos los cristianos que perecieron entre las llamas, devorados por las fieras, desgarrados por los garfios de hierro y con otros mil suplicios horribles, en todas partes, y, entre nosotros, principalmente en Zaragoza, que se hizo imposible contar su número.

Y, sin embargo de estos extremados rigores, que parece debían aniquilarlo, el Cristianismo, como obra de Dios, triunfa de sus enemigos. El pagano Maxencio es derrotado en Saxa rubra, no lejos de Roma, y el signo de la Cruz reemplaza en el Lábaro ó estandarte imperial á las falsas deidades. El mismo Senado, en la inscripción que pone en el arco de triunfo, que para conmemorar hecho de tal trascendencia erige, en honor de Constantino, invoca á la Divinidad, no á Júpiter. Publícase el edicto de Milán, autorizándose á los cristianos para profesar libremente sus creencias y celebrar su culto; y éstos llenos de regocijo vuelven del destierro, recuperan su consideración social y sus bienes; se abren los pocos templos que habían quedado en pie; se construyen y dotan otros nuevos y los sacerdotes cristianos obtienen los mismos derechos, inmunidades y privilegios que los paganos.

Reúñese el primer concilio ecuménico ó general de Ni-

cea ; condénase en él la herejía de Arrio , y se declara por nuestro elocuente Osio , en nombre del Pontífice , la Divinidad de Jesucristo y su consustancialidad con el Padre , que el heresiarca negaba . Constantino desprecia las deidades del Capitolio ; el pueblo pagano de Roma ruje de coraje y hace trizas sus estatuas , y el emperador , irritado , con odio profundo á Roma , funda , donde estuvo la antigua Bizancio , á Constantinopla , á orillas del Bósforo de Tracia .

El espíritu del Cristianismo influye muy notablemente en las leyes promulgadas por este emperador , que constituyen una de sus mayores glorias . En ellas prohíbe imponer la pena capital al reo , sin que él mismo confiese el crimen , ó sea unánime la declaración de los testigos ; deroga el suplicio de la cruz ; somete á todos los delincuentes á las mismas penas , cualquiera que sea su clase ; mejora la situación de los encarcelados ; dispone que los dueños puedan emancipar sus esclavos sin más que la intervencion del sacerdote ; que el día del Señor , el Domingo , sea de santificación y descanso para el trabajador ; y á él se debe la legitimación de los hijos por subsiguiente matrimonio ; disposiciones todas que honran en extremo los sentimientos humanitarios de quien las dió .

Bajo el imperio de los hijos de Constantino , la religión pagana es perseguida , como demuestra el edicto contra los gentiles y su culto , que juntos publicaron en Filadelfia , llegando Constantino á quitar de la *Curia Hostilia* la estatua de la *Victoria* , la diosa más querida de los paganos de Roma . Si él y algunos de los emperadores que le siguieron se hicieron arrianos y persiguieron á los más insignes campeones del catolicismo , y , en particular , á San Atanasio y Osio , fué acaso por no desprenderse de la autoridad y prerrogati-

vas de jefes supremos de la religión y del Estado , de que con el paganismo antes disfrutaban .

La apostasía de Juliano , sus esfuerzos por devolver á la religión pagana su primitivo esplendor ; su guerra á la sor-dina á los cristianos , separándolos de los cargos públicos y alejándolos de toda cultura , fué como una nube pasajera . Su sucesor Joviano los reintegró por un edicto de todos sus derechos .

Hemos dicho que Constantino había quitado de la *Curia Hostilia* ó del Senado , la estatua de la *Victoria* y que Juliano la había repuesto ; ahora el emperador Graciano no sólo la vuelve á quitar , sino que suprime la consignación destinada á su culto , y es el primero que se despoja de la túnica blanca que vestían los pontífices paganos . Frenético al ver esto un senador llamado Máximo subleva á los romanos , la mayor parte paganos todavía , y hace morir á Graciano , siendo proclamado emperador de Occidente por las Galias , España y la Gran Bretaña . El que realmente llegó á serlo fué Valentiniano II , hijo de Valente . El senador Símaco , orador de gran fama , pide al emperador reponga en su lugar la estatua de la *Victoria* , pronunciando un discurso elocuente ; pero con tintes elegiacos , que dejan presentir el próximo fin de Roma y de sus falsos dioses . No así San Ambrosio , que , lleno de vigor y unción , arrebató los ánimos , afirmando que ya no es tiempo de conquistar pueblos , sino de convertirlos y moralizarlos ; no de asolar naciones , sino de alimentarlas con el maná de la caridad . Así que Valentiniano no accedió á la pretensión de Símaco . Al mismo tiempo el pagano Máximo era vencido y muerto por Teodosio , y poco después el franco Arbogasto , asesino de Valentiniano , y el retórico Eugenio , que pretendían resucitar aquella religión imaginaria y caduca . Desde entónces no volvió á ocupar el trono nin-

gún emperador pagano , y aunque los bárbaros vinieron á destruir á Roma , en castigo de su pertinacia en la idolatría, éstos se humillaban ante los pontífices, como Atila ante San León, y en las banderas de los godos y en las brillantes diademas de sus reyes resplandecía la cruz, como áncora de salvación de los pueblos y prenda segura del verdadero y providencial progreso de las generaciones futuras.

HE DICHO.

